

Caro Baroja y los moriscos granadinos

Con unas reflexiones sobre la nobleza de los cristianos nuevos

La renovación de los estudios históricos es tributaria, en gran medida, de la producción de historiadores procedentes de campos no estrictamente históricos pero sí estrechamente emparentados y a la vez lo bastante autónomos como para contemplar el panorama histórico con la necesaria perspectiva. Para una gran parte de los historiadores de la escuela de los *Annales* este punto de partida fue la geografía humana, y, si queremos señalar un punto concreto, el *Tableau de la France* de Vidal de Lablache. Para otros fue la economía (el caso insigne de don Ramón Carande). Para don Julio Caro Baroja esa plataforma de lanzamiento ha sido la antropología. La génesis de *Los Moriscos del Reino de Granada* es indisociable de obras suyas anteriores como los *Estudios Saharianos*. La originalidad y el potente eco de *Los Moriscos...* no reside en la aportación de nuevos datos sino en la apertura de nuevos puntos de vista y nuevas interpretaciones de los ya conocidos; pues, al contrario de lo ocurrido con el caso de los judeoconvertos, el drama de los moriscos, en sus aspectos externos, en sus líneas generales, era ya conocido.

No debe sorprendernos este contraste entre la exuberante literatura que desde un principio inspiró el problema morisco y el silencio que hasta hace escasamente medio siglo rodeó el problema judeoconverso. A pesar de sus innegables afinidades, había entre ellos diferencias fundamentales: el de los conversos de procedencia judía era de carácter muy personal e intimista; dramas de conciencia, desgarramientos internos, dudas sobre la propia

identidad. Es campo abonado para la biografía, mientras el problema morisco era ante todo social, de masas, y en ese sentido quizá más *histórico* que el de los conversos de procedencia hebraica. No se malinterprete lo que acabo de expresar; no niego la posibilidad de un tratamiento colectivo para los unos y de un análisis personalizado de los otros; pero cualquiera que haya trabajado en estos sectores de nuestro pasado es consciente de las dificultades que comportan.

La consideración de los moriscos como minoría coherente no era incompatible con notorias diferencias regionales. Una de las grandes decepciones de los moriscos granadinos fue no recibir apoyo de sus correligionarios, en especial de los valencianos, que por su masa podían haber ocasionado una diversión estratégica en las fuerzas cristianas en el crítico año 1569. Su pasividad (lo mismo que la de los moriscos aragoneses) no era insolidaridad sino conciencia de sus propias limitaciones; la sublevación tenía que parecerles un acto desesperado sin ninguna garantía de éxito, y no pocos moriscos granadinos veían la situación con el mismo realismo; quizá la mayoría, aunque una minoría radical los arrastrara hacia la vía muerta de la guerra contra el soberano más poderoso del mundo.

La guerra de Granada tuvo todos los elementos necesarios para mover la pluma de los escritores; el marqués de Mondéjar y Mármol fueron coetáneos de los sucesos que narran. La historiografía romántica no podía desaprovechar un tema tan espectacular. La dirección preferentemente política y militar de la historiografía positivista hallaba en los problemas suscitados por los moriscos y su *solución final* uno de los hechos más relevantes de la España de los Austrias, y sus rasgos básicos hallaron espacio incluso en los manuales escolares. Esta corriente tradicional se alió a partir de 1900 con otras más profundas, de las que fueron muestras e hitos de la obra de Lea, buen conocedor de las fuentes inquisitoriales, la de Longás sobre la religiosidad de los moriscos e incluso la obra enciclopédica, tan estimable a pesar de sus evidentes carencias, de Pascual Boronat.

El contraste con el silencio que cayó sobre los judíos después de la expulsión de 1492 se explica fácilmente: sus descendientes, asimilados o no, nunca intentaron una sublevación, y por ello quedaban excluidos de la historia política; su guerra particular la efectuaron con maniobras sinuosas, borrando pistas, cambiando de residencia y apellidos, instalándose en el corazón mismo de la sociedad cristiana por medio de matrimonios mixtos y compra de oficios públicos, infiltrándose incluso en los centros de decisión a pesar del tamiz de los estatutos de limpieza de sangre. Por otra parte, se trataba de un tema tabú, y aunque escritores procaces como el autor del *Centinela contra judíos* trataron de popularizar el tema, la mayoría de los escritores sintieron reparos, lo esquivaron o lo redujeron a críp-

ticas alusiones. No de otra forma se explica su casi total ausencia en el teatro del Siglo de Oro. Y finalmente, la aspiración de los interesados se cumplió; el tema cayó en el olvido hasta que recientemente se revelaron sus claves.

Caro Baroja dedicó un estudio extenso a los judíos y conversos peninsulares; antes (1957) dio a luz su monografía sobre los moriscos de otras regiones. Esta concreción es uno de los factores de la excelencia de esta obra, que Braudel calificó de «obra maestra, uno de los más bellos libros de historia y de antropología cultural que conozco». Su punto de arranque es la caída de la monarquía granadina; los diez años de guerra son evocados en pocas líneas, y no mayor extensión se conceden al contenido de las capitulaciones, la creación de señoríos y la serie de tensiones y conflictos que terminan convirtiendo a los mudéjares tolerados en moriscos vigilados y perseguidos. Lo que en obras anteriores era el núcleo principal pasa a ser la referencia indispensable a hechos que se suponen ya sabidos.

El centro de gravedad de la obra se sitúa en el estudio socioantropológico de los moriscos granadinos desde la *conversión* de 1501 a la sublevación de la Navidad de 1568. Sucesivos capítulos analizan la población, la estructura familiar, el mundo urbano y el rural, las profesiones, la degradada herencia cultural, la difícil convivencia, el fracaso de la catequización y las presiones cada vez más fuertes que conducen al estallido final, seguido de la deportación a otras regiones, preludio de la deportación total en 1610. Es una narración que subraya la concatenación de todos estos factores y que, frente a la narración lineal típica de las obras meramente históricas, reduce al mínimo las referencias cronológicas, con lo que implícitamente se subraya la homogeneidad espaciotemporal de aquella tremenda vivencia.

Don Julio define la población del reino de Granada como «una mezcla de árabes y sirios, beréberes, elementos indígenas y judíos antiguos, con alguna mezcla de sangre negra y de gentes muy diversas: persas, hindúes y turcos inclusive»¹. Según eso, la proporción de indígenas, o sea, descendientes de hispanorromanos, sería minoritaria, aunque sobre este punto no es posible establecer precisiones. Pero todos los datos conocidos hablan en favor de una hegemonía, no sólo política y militar sino antropológica, de los invasores y de los inmigrantes, y hago esta diferencia porque tras la oleada conquistadora, en la que iban emparejados árabes y beréberes, hubo un goteo constante de norteafricanos que individualmente o en pequeños grupos atravesaban el Estrecho sin temor de que la policía los apresara en la otra orilla como hoy sucede. Sin contar con ciertas irrupciones masivas como las que protagonizaron almorávides y almohades.

Interesa resaltar este punto porque cierta sedicente historiografía nacionalista, de muy escaso nivel científico, invocando la tesis expuesta en un

¹ Los resultados, aún no publicados, de las excavaciones realizadas en la necrópolis hallada en la plaza granadina del Triunfo refuerzan la teoría de una composición racial muy mezclada de la población.